LA «CANALLA»

Es extraño que se siga usando la palabra *canalla (canaglia)*, sin más, para designar la hez del pueblo. Hay quien se sirve de este vocablo para designar cualquier muchedumbre ó procesión de gente «baja,» la cual, con ó sin razón, se queje de algo ó pida algo gritando, y aun en silencio. No discuto el juicio. Digo que cuando oigo decir:—la canalla,—ó frases como esta:—Ustedes se unen á la canalla,—servís, explotais, sois explotado por la canalla,—tengo derecho á responder que no comprendo, y de preguntar á qué canalla se alude. Hay en el pueblo bajo una cantidad de gente que no trabaja, que campa de sus bribonadas, encenagada en el vicio, que roba si puede,

que no cree ni respeta nada, no tiene sentimiento de dignidad ni de amor á la patria, antes, más bien es la gangrena y la deshonra de la patria, y concluye casi siempre, y merece acabar, en la cárcel ó en el presidio. Y esta gente, aunque tenga en gran parte, la escusa de haber nacido y crecido en la miseria y en la ignorancia, es innegablemente canalla. Hay otra porción de gente, en otra clase social, que no trabaja ó trabaja en perjuicio de otro, campa también de bribonadas, es viciosa, roba si puede (y puede fácilmente y en grande), no cree ni respeta nada, no tiene sentimiento de dignidad ni de amor á la patria, y merece acabar, pero no acaba casi nunca, en la cárcel ó en el presidio. Y esta gente, por más que sea culta, rica, educada, es también incontestablemente canalla. No trato de buscar cuál de las dos, específicamente, sea más canalla que la otra. Pero, repito, tengo derecho á preguntar, cuando oigo aquella palabra, á cual de las dos se hace alusión; y puesto que el equívoco es posible, me parece justo lamentar que falte un vocablo

para designar aquella hez, por decirlo así, superior, á quien la palabra *canalla* no se suele referir. Es verdad que se podría decirle «canalla alta,» mas no responde precisamente á la necesidad. Se debería acuñar otro vocablo, nuevo, con aquella misma desinencia. Pedía un diputado francés una ley que mandase sobre el mismo vapor á tierras de deportación al hombre político corrompido y al anarquista homicida «porque son los dos aspectos complementarios de un mismo orden social, ligados entre sí como la causa y el efecto.» Yo no tengo pretensión tan atrevida. Me contento con pedir que la hez del pueblo y la hez de el alta burguesía sean selladas ambas en el diccionario. La falta de un término colectivo para significar la canalla bien vestida, me parece que da á esta, con respecto á la lengua nacional, una especie de inmunidad que es una injusticia.

*

Esta injusticia lingüística pertenece á un vasto orden de injusticias, en su mayor

parte inconsciente, que se cometen de continuo, no con la hez, sino con el pueblo entero. Por ejemplo, se tiene para él una cortesía especial de cualidad inferior, como el pan que come. Hay razón alguna aceptable para que un señor no deba más que tocar con el dedo el sombrero para contestar al saludo del obrero que se quita la gorra por completo? hay razón que justifique el *tu* ó la seña que usa con los perros su amo y con la cual un jovencillo llama á un hombre de treinta años, ó un hombre ya formado, á un viejo, solamente porque los unos quieren una cosa y los otros la hacen ó la llevan? hay razón por la cual se deba pasar del *ustedes* al *vosotros*, volviendo la cabeza de derecha á izquierda, cuando á la derecha tenemos una levita y á la izquierda una chaqueta? Reinan, se dice, la libertad y la igualdad, y hay mucha gente que, creyendo y vanagloriándose de ser democrática, suele tomar un tono despreciativo, sin advertirlo, cuando habla con personas de la clase inferior, ó bien se cree en el deber, si es benévola, de tratarles con un aire fraternal grosero,

para demostrar que sabe descender hasta ellos. Muchos hay, que á la menor palabra áspera que diga un hombre del pueblo, amenazan todavía darle de palos, como cuando se consentía hacerlo, y se enfurecen como bestias por una injuria, aunque haya sido provocada por ellos, de un plebeyo, mientras se tragan pacientemente la misma injuria, si se la dice un igual suyo. Y son innumerables los que por un tropezón ó por cuatro palabras acaloradas que le conteste la gente del vulgo, amenazan con la detención ó con la cárcel como si tuvieran la policía á su único servicio. Id á las estaciones de ferrocarril, á las administraciones públicas, á los tribunales, en todas partes donde personas «civilizadas» tienen algo que hacer, por razón de su oficio, con gente de todas clases, y en todas partes, casi siempre, encontraréis en ellos, al preguntar, al responder, en las actitudes, dos acentos, dos caras, dos maneras notablemente diferentes, según que tratan con personas de la propia clase ó de la clase inferior: ó una vanidad que revela desprecio, ó una forma

de benignidad que tiene aire de compasión. Cosa extraña en verdad, que haría pensar á un hombre nuevo en el mundo, que la observara, que la gente del pueblo tiene alguna grave falta de origen que purgar hacia la clase superior; injusticia que es racional y útil hacérsela sentir continuamente para que se avergüence y se arrepiente de ella.

*

Las ideas de donde se derivan estos modos, las han metido en nuestras cabezas desde la niñez. Los niños oyen á la camarera que anuncia:—Ahí está un señor,—y—ahí está un hombre,—como si un señor fuese más que un hombre. Al padre y á la madre les oyen decir, por más que ostenten desprecio por las vanidades aristocráticas, en tono despreciativo de un amigo ó de una amiga de la casa:—Sabes que su padre era un campesino.—Ya su madre tenía un tenducho de mercería.—O bien:—se han enriquecido, pero despide un olorcillo á albañil. Oyen tratar de holgazán á todo pobre diablo que llame á la puerta y pida cinco céntimos; y en cambio del haragán que vive de la renta oyen decir por el contrario:—Bendito él.—Si no estudian se les amenaza no sólo como castigo, sino como un deshonor, con ponerles á trabajar en una fábrica. El niño bien vestido que en un ómnibus ó en otro sitio se encuentra sentado al lado de una mujer remendada ó de un hombre manchado de carbón, ve en la cara de su madre una expresión de inquietud ó de repugnancia. Oye gritar á los jugadores en las tabernas, tropieza con borrachos en la calle, encuentra jovenzuelos con mujerzuelas del brazo, que dicen inconveniencias en voz alta, lee en los periódicos fechorías de ladrones y asesinos nocturnos, y de muchachuelos que se acuchillan por una palabra, y observando todos ellos pertenecen á una sola clase, concibe por ésta una aversión y un desprecio, que le duran toda la vida. Es porque el padre y la madre, señalándole á esa gente, como hacían los espartanos con los ilotas, y complaciéndose en la repugnancia saludable que le producen, no le di-

cen como debieran:—Observa, no creas que estos vicios y estas fealdades son sólo de una clase: se juega, se riñe con las armas en la mano, se ahoga la razón en el vino, se visita á mujeres públicas, se habla obscenamente y se roba la bolsa al prójimo, también en nuestra clase. Sólo que todo esto se hace en lugares y en formas que tú no ves y no sabes. Odia, por consiguiente y desprecia el vino y la abyección, que existe en todas partes; pero no á la clase que no teniendo ni el arte ni los medios de esconderlos, los manifiesta más; porque serías injusto y poco generoso.—Y así, en todas partes, conscientemente, ó por ligereza, se enseña á los niños la injusticia, la doble urbanidad, la indulgencia para las infamias charoladas y el uso de mirar antes al vestido que á la cara y de huir del bajo pueblo por razón de dignidad y de salud.

*

Es causa de todo esto un error profundo á que somos inducidos la mayor parte por la conciencia orgullosa de nuestra superioridad: el considerar la ignorancia, la tosquedad, la brutalidad, la pobreza del mayor número de nuestros conciudadanos, no como accidentes producidos por causas de que ellos no tienen culpa ó tenemos nosotros también una parte de culpa, sino como algo de ingénito en ellos ó algo de adquirido por natural tendencia; por lo cual deban ser considerados casi como de una raza inferior á la nuestra; lo cual satisface más hondamente nuestra vanidad. En efecto, no se puede explicar de otro modo el desdén con que se suele echar en cara al pueblo sus defectos y sus miserias y la facilidad con que nos inclinamos á creer que no exista remedio ni para los unos ni para los otros. La señora distinguida se horripila y no cree si se le dice que su hermoso hijo abogado, esperanza del Foro y honor de los salones, es igual que el obrero alegre que *vocea* por la calle con la chaqueta al hombro, y que este obrero valdría tanto como su hijo, si, no ya desde la cuna, si no desde los diez años hubieran cambiado de sitio en el mundo. Por más que el segundo sea bueno,

honrado é inteligente, ella ve entre uno y otro un abismo, casi igual diferencia que entre un blanco civilizado y un negro salvaje. Nuestro amor propio nos ha conducido á dar una importancia desmedida á ciertos refinamientos de maneras, de vestidos, de lenguaje y de gustos, á considerarlos casi como caracteres fisiológicos de una familia aparte en la familia humana, y la separación casi continua que existe entre nosotros y el pueblo en la vida social sirve para mantenernos en aquel vano concepto. Mil ejemplos de madres desnaturalizadas, de hijos ingratos y crueles y de hombres bestialmente sensuales, groseros y feroces, que nos proporciona todos los días nuestra clase, no nos quitan la idea de que la dureza de corazón, la rapacidad, el furor de los placeres bajos y la brutal violencia sean casi cualidades específicas de las clases inferiores. Y esta idea, que en los más es un sentimiento sobre el cual jamás han meditado, falsea, con respecto á las cuestiones sociales, todas nuestras ideas, amontona sobre nuestro espíritu prevenciones irracio-

nales y tristes, cierra nuestro corazón á los sentimientos más generosos y más justos. Y esta misma idea es la que no nos deja ver en la vida más que una sociedad culta y floreciente, que es lo que constituye el mundo; detrás de la cual la multitud inmensa se nos presenta como una sombra ondulante, de no mayor importancia que la del fondo oscuro de un cuadro respecto de las figuras que en él campean, grandes é iluminadas.

*

De estas verdades se tienen pruebas singulares en la lengua y en la literatura. Sería estudio curioso el ir buscando todos los nombres de oficios humildes, pero necesarios y honrosos, que se usan todavía como un insulto, ó que sirven de término de comparación de desprecio, como cuando quien les ejercitaba, esclavo ó siervo, no tenía derecho para resistirse á ello. Y aun sería más curioso el entresacar, también en los escritores menos aristocráticos en ideas, y más suaves de ánimo, las palabras y las

frases irracionalmente injuriosas para órdenes enteros del pueblo, usadas por ellos sin esta intención, por la pura fuerza de la costumbre. En un drama de un célebre escritor francés, por ejemplo, encuentro un caballero por todos conceptos respetable y bueno, que en un ímpetu de cólera dice á un joven:—*Tu eres más cobarde que un ladrón y que un lacayo!*—Diantre: más vil que un criado? Y sin embargo, en su larga vida señoril, aquel autor dramático tuvo sin duda algún criado honrado, y quizá respetable, al cual no se hubiera atrevido á leer aquellas palabras. Otro escritor de alma grande, y admirable por el uso sapiente de cada palabra, al describir la insurreción de un pueblo que, después de años de privaciones y miserias á que le ha reducido un gobierno inícuo, pierde la paciencia y asalta una panadería, donde no mata á nadie sino que deja á dos niños suyos muertos y á muchos heridos por las pedradas de los defensores, llama á aquella multitud tumultuosa:—*la canalla,*—que significa: tropel de gente baja y vil. Y sin embargo, no todo era canalla, si com-

prendió á los sanguinarios que querían la muerte del Vicario de provisiones. Buscando, se encontrarían otros innumerables ejemplos, que con la simple lectura no advertimos. Y esta tendencia es sensible en la misma educación intelectual, y especialmente en la literaria, la cual fomenta más que las otras el orgullo, porque en vez de inspirar en los jóvenes un sentimiento de piedad triste por tanta parte de sus semejantes, excluída por necesidad de los goces exquisitos y fecundos de la inteligencia, le induce, casi, precisamente por esto, á despreciarlos, como si no se elevasen á aquellos goces, no ya porque no pueden, sino porque no quieren, y no quieren por un innoble sentido de aversión al cual es justo corresponder. *El vulgo profano,* es una expresión típica de esta idea. Y uno de los efectos más notables de tal educación es que existan escritores de elevado ingenio y de noble corazón, que sienten aversión fiera por ciertos ideales de renovación social, en los cuales estarían dispuestos á reconocer, suponiendo que fueren realizados, grandes ven-

tajas para todos, solamente porque consideran que en la nueva sociedad amenguaría la importancia y el crédito de su aristocracia intelectual. Todo esto, está expresado en aquel iracundo: —Ignorante!—que se oye lanzar tantas veces, como un anatema, en la cara á un pobre diablo, que, por miseria, no ha llegado á asistir á la escuela.

*

Muchas de estas cosas las ve y las siente el pueblo con toda claridad, otros las entreve confusamente, y sospecha. De aquí resulta en gran parte la brutalidad, la insolencia, la ostentación de la villanía que se le censura. De nuestros juicios orgullosos é injustos, de nuestro lenguaje despreciativo ó compasivo, él se venga con juicios atroces y con lenguaje injurioso para nuestra clase, tratando la mayor parte de las veces de prevenirnos. Odia á la justicia y á la autoridad en nombre de las cuales, aun en nuestras contiendas privadas, le amenazamos demasiado frecuentemente con aire indudable de tenerlas de nuestra parte. Se

burla, por amor propio ofendido, y afecta despreciar la cultura, de lo cual se le inculpa, injustamente, estar excluído. Exagera la ordinariez en las maneras por escarnecer los refinamientos de educación, que ve que utilizamos como barrera para separarnos de él. Detesta é insulta el lujo porque comprende que no lo amamos tanto por sentimiento y culto de lo bello, cuanto porque sirve para mostrarle nuestra superioridad y para aumentar su sujeción. No nos agradece las cortesías y las rechaza, porque siente que no se las otorgamos con aquella espontaneidad y en aquella medida en que las usamos con los que llamamos nuestros iguales. Experimenta una amarga complacencia en mezclarse con nosotros en los sitios públicos, con ademanes y conversaciones de una familiaridad impertinente, porque comprende que su contacto nos molesta y nos ofende. No ama, por último, antes bien desprecia, él mismo, el trabajo manual que ve honrado por nosotros con palabras, pero despreciado en el hecho, con mil señales patentes. Y los justos y bené-

volos de nuestra clase no son en número bastante para compensarle de los procedimientos de la gran mayoría, de la cual, voluntariamente ó no, se ve continuamente pinchado, herido, separado como un estorbo, una infección, una especie de estiércol social, necesario, sin duda, para que florezca la señoría; pero del cual se podría muy bien prescindir. La sorda acrimonia que existe en él no se deriva tanto del sentimiento de su inferioridad económica, como de todas estas sensaciones desagradables acumuladas, y de comprender que es considerado únicamente como maldad natural, baja envidia, avaricia de los bienes que él no tiene, cuando lo que por el contrario siente es en gran parte, un justo resentimiento provocado por la conducta de los que poseen aquellos bienes; los cuales, no satisfechos con gozar de ellos y con defenderlos fieramente, les hacen servir como argumento de soberbia, y quisieran verlos honrados y venerados, como sagrados signos de una predilección divina.

*

De esta verdad debieran persuadirse padres y madres, educadores y maestros, para romper aquella tradición funesta de prejuicios, de maneras y de lenguaje, que reavivan continuamente en el pueblo el sentimiento de división de clases y amargan el de pobreza. No hay necesidad de ser socialistas: basta tener corazón y sentido, para desear que prevalezca en las clases superiores una nueva manera de presentarse y de tratar al pueblo; un modo fundado sobre un respeto sincero y grave, sobre una sabia indulgencia, sobre una benevolencia sin asomos de favor ó de ultrajante compasión; el cual dulcifique el alma y lleve la dignidad de quien es objeto de ella. Siempre que me paro á considerar este pensamiento, viene á mi memoria un coloquio singular entre dos ciudadanos americanos, al cual asistí en una factoría solitaria de la pampa argentina. Habían trabado conversación aparte, un *gaucho* corpulento como de unos cuarenta años, de aspecto rudo y pensativo, y el Presidente de la República, á quien aquél no había visto jamás. Ambos estaban de

pie, uno frente á otro, derechos y con la cara levantada; los dos con el sombrero puesto; y al hablarse, se miraban en los ojos. No ví sobre el rostro del *gaucho* ni una sonrisa, ni un movimiento, ni un cambio en la mirada que expresase timidez, complacencia, maravilla ó intención obsequiosa, y menos en verdad, altanería. Y con esto, él reflejaba perfectamente el semblante y la actitud del Presidente, el cual no revelaba ni sentimiento de superioridad, ni intención de cortesía, ni deseo de obsequio, ni esfuerzo alguno por parecer sencillo, ni sospecha de producir imposición ó idea de agradar á su interlocutor. Este hablaba con la misma cara y con la misma voz natural y tranquila con que habría hablado á un compañero de la pampa, de un objeto indiferente á los dos; aquél le hablaba á él del mismo modo que hablaría con un Ministro suyo. A quien les hubiera visto y oído sin saber quienes fuesen, y no fijándose en la diferencia del traje, no habría pasado siquiera por la mente que hubiera entre ellos una diferencia tal de condión social. Terminado el coloquio, el Presidente se llevó la mano al sombrero y dijo:—Buenos días.—El *gaucho,* hizo el mismo ademán, y respondió en el mismo tono, como un eco:—Buenos días;—aquél se acercó á sus ministros y á sus oficiales; éste se volvió entre sus carneros y sus caballos; ni uno ni otro volvieron la cabeza. Pues bien: esta me parece una escena de la vida social futura. Aquello que yo ví allí,—y que allí es efecto de la índole nacional y de las particulares condiciones de vida de los habitantes de la pampa,—ocurrirá un día en todos los países por efecto de la profunda transformación social que se prepara; y ocurrirá, cuando todos los hombres hagan su propio camino, pisando la tierra, y ninguno marche sobre el dorso de una muchedumbre sierva y envilecida.